

A sus soldados, que fueran
A cumplir este precepto,
Y prestaron obediencia.
Se fueron todos formados
A la mas cercana iglesia,
Y estando la misa oyendo
Con muy grande reverencia,
Ricart, que este es el soldado
Por quien el caso se cuenta,
A quien castigaba mucho
Del sargento la soberbia,
En vez de un libro devoto
Sacó de la faltriquera
Un juego de naipes finos,
Y con la cara muy seria
Se los ha puesto delante:
Como si en manos tuviera
Un libro santo y devoto,
La contemplacion empieza.
Los asistentes notaron
La preocupada idea,
Y el Sargento le mandó
Que la baraja escondiera,
Reprehendiendo al mismo tiempo
El escándalo en la iglesia.
Ricart atento escuchaba
Las veras con que lo muestra,
Y sin replicar palabra
Continuaba con su idea.
Acabada ya la misa,
Sin que un punto se detenga
El Sargento le mandó
A Ricart, que le siguiera,
Y se fueron los dos juntos,
Y en casa del Mayor entran,
A quien el Sargento dió
Del escándalo la queja,
Y el Mayor muy enojado
Le dió reprehension severa,
Diciendo de aquesta suerte:
—¿Qué temeridad es esa,
Y poco temor de Dios,
Escandalizar la iglesia?—
A lo que le respondió
Ricart con mucha modestia:
—Si vuesa merced, señor,
Un rato atención me presta,
Expondré yo mi disculpa,
Y dejaré satisfecha
Vuestra grande correccion,
Porque toño el mundo sepa
Que hay lances que son forzosos,
Y esto ninguno lo niega.—
Movido á curiosidad
Le mandó que lo dijera.
—Sepa usted, señor Mayor,
Que por ser la paga nuestra
Tan corta, que apenas basta
Para las cosas primeras,
Que es el sustento del cuerpo,
Cuando algun cuarto nos queda
Nos vamos a echar un trago:
Bajo este supuesto vea
Si tendrá el pobre soldado
Para libros, en que pueda
Meditar mientras la misa.—
Y entonces con diligencia
Sacó Ricart la baraja,
Y dijo de esta manera:
—Sepa usted, señor Mayor,
Como esta baraja entera
Suple en mí todos los libros,
A cuya compra no llegan
Mis escasas facultades.
Por ser pocas y pequeñas;
Y empezando por el As,
Que esta es la carta primera,
Dijo:— Cuando veo el As,
Señor, se me representa

Un solo Dios criador
De todas cosas diversas;
En el *Dos*, el Nuevo y Viejo
Testamento se me acuerda;
El *Tres*, que son tres Personas
Y una sola Omnipotencia;
El *Cuatro* me hace pensar,
Y es preciso que lo crea,
En los cuatro evangelistas,
Segun la Escritura enseña,
Que son: Juan, Lucas, Mateo
Y Marcos, por cosa cierta;
En el *Cinco* hago memoria
De cinco virgenes bellas
Que delante del Esposo
Se presentaban con regias
Lámparas, y entrar las hizo
En la sala de la fiesta.
El *Seis*, que Dios crió el mundo
En seis dias, cosa cierta;
El *Siete*, que descansó,
Por cuya causa primera
Deben todos los cristianos
Gastar los dias de fiesta,
Y especialmente el domingo,
En oracion santa y buena;
En el *Ocho* considero
Las ocho personas buenas
Que del diluvio escaparon
Por divina providencia,
Que fué Noé y su mujer,
Sus tres hijos, prendas tiernas
De su fino corazon,
Con sus tres esposas bellas;
Llegando al *Nueve* me acuerdo
De la cura de la lepra,
De aquellos nueve leprosos,
Que entre todos uno hubiera
Que por tantos beneficios
Gracias al Señor le diera;
El *Diez* me hace pensar,
Y á la memoria me lleva
Todos los diez mandamientos
De nuestra ley verdadera.—
Así que acabó Ricart
Con grandisima cautela
De pasar las cartas blancas,
Así que á la *Sota* llega
La pasó sin decir nada,
Y dijo:— Ocasión es esta
Para poder explicar
A mi Mayor esta idea.—
Y mostrándole la *Dama*,
Que en la baraja francesa
Es lo mismo que el caballo,
Le dijo:— La dama es esta;
Es la hermosa reina Saba,
Que vino con gran presteza
De la otra parte del mundo
Solo por ver la gran ciencia
Del sabio rey Salomon,
Que fué grande, segun cuentan;
En el *Rey* recapacito
Que hay un Rey de cielo y tierra,
Y que debo servir bien
A su divina grandeza.
Aun me extenderia mas,
Si no turbara la idea,
Que es: las cincuenta y dos cartas
De esta baraja francesa
Trescientos sesenta y cinco
Puntos se incluyen en ella,
El número de los dias
Son que en sí el año encierra,
Las cincuenta y dos semanas
Que doce meses completan;
De modo que la baraja
Me sirve de oracion buena,
De libro de meditar

Para en estando en la iglesia;
De almanac, de catecismo,
Y de oracion muy perfecta.—
Así que acabó Ricart
De referir esta idea,
Dijo el Mayor:— Yo he notado
Una cosa, y bien quisiera
Que tú me la declararas.—
Y Ricart dió por respuesta:
— Diga usted, señor, que yo
Lo diré, como lo sepa.
— ¿Por qué la *Sota* has pasado
Sin que de ella me dijeras
Ni tan sola una palabra,
Como si carta no fuera?—
A lo que le respondió:
— Señor, si me dais licencia,
Y prometiéis no enfadaros,
Diré luego lo que pueda
De la *Sota*.— Y el Mayor
Le mandó que lo dijera.
Entonces sacó la *Sota*,
Y dijo de esta manera:
— Esta *Sota* la comparo,
Sin que nadie lo desmienta,
Al hombre mas ruin é infame
Que abortó naturaleza,
Que es el Sargento, que aquí
Me trajo á vuestra presencia,
Pues es el que me castiga
Siempre á diestra y á siniestra,
Aunque yo no tenga culpa,
Que esto es lo que me molesta.—
Quedó admirado el Mayor
De tan ingeniosa idea,
Y á Ricart le regaló,
Para que á su casa fuera,
Cuatro doblones de oro,
Y le otorgó la licencia
Que tenia solicitada,
Y orden para que se fuera.
Salióse de la ciudad,
Y el Sargento allí se queda
Maldiciendo su fortuna,
Solo por ver la cautela
Con que Ricart dió á entender
A su Mayor esta idea,
Que siempre le castigaba
Aunque culpa no tuviera.
Llegó muy presto á su casa,
Y á sus parientes les cuenta
Lo que le habia pasado,
De lo que mucho se alegran.
Y el poeta á vuestros pies
Pide perdon de la idea,
Y encarga á los circunstantes,
Y dice, porque lo sepan,
Si hay algunos que lo ignoran,
Que la baraja francesa
Se compone de *As* y *Dos*,
Segun consta de experiencia,
Tres, *Cuatro* y *Cinco* tambien,
Que en olvido no se queda,
El *Seis*, el *Siete* y el *Ocho*,
Nueve y *Diez*, por cosa cierta,
La *Sota*, la *Dama* y *Rey*,
Que esta es la carta postrera.
(La Baraja, Pliego suelto.)

1324.

EL JUDÍO DE TOLEDO.

(Anónimo.)

Hermosísima María,
Preciosísima azucena,
Que con tu divina gracia
Nos libertais de la pena;
Florida y hermosa rosa,

Palma, cipres, Virgen bella,
Lirio, olivo, torre hermosa
De encumbrada fortaleza:
Cielo, sol y luna hermosa,
Fuente llena de clemencia,
Que con tu divina gracia
Triunfos y lauros aumentas
Gran Señora del Carmelo,
Suplicote, sacra Reina,
Que abogada y protectora
Con el Rey de gracia seas.
Dadme auxilio, Padre eterno,
Porque en esta ocasion pueda
Referir de tus prodigios
Una inefable grandeza.
En la ciudad de Toledo,
Hermosa, apacible y bella,
Residia una señora,
La cual, aunque pobre era,
Desciende de buena sangre
Y esclarecida nobleza.
Casóse con un mancebo,
Y vivia tan contenta,
Que por momentos é instantes
Gracias á Dios le riudiera.
Era afectuosa devota
De la Virgen sacra y bella,
Reina augusta del Carmelo,
Pues con devocion la reza,
Y á Jesus de Nazareno
Con gran devocion trajera,
Y con frecuentable celo
Dentro en su pecho se encierra
Quedando Doña Francisca
Con Don Juan de tal manera,
Que son dos cuerpos y un alma,
Segun el afecto muestran.
Era pues tan virtuoso,
Tan inclinado á la iglesia,
Que hacia muchas limosnas,
Casando muchas doncellas.
¡Mas ay, que es engaño visto
Quien engaña su alma mesma!
Perverso y desesperado
Así quiere que se pierda,
Porque aunque hacia limosnas,
Y aunque rezaba en la iglesia,
Era cumplir con el mundo,
Porque de Dios las clemencias
Olvidadas las tenia,
Como una horrible fiera.
No solo no adora á Dios,
Mas olvida las grandezas
De Dios todopoderoso,
Y su Madre pura y bella.
Mas la noble de su esposa
Todos los dias no deja
La devocion referida
De Cristo y su Madre excelsa;
Mientras él, siendo de noche,
Cuando en silencio estuviera
Su esposa y la vecindad,
Para usar mas su vileza,
Se iba á un pajar que tenia,
Y de entre la paja mesma
Sacaba un divino Cristo
En una cruz de madera:
Se encerraba en una sala,
Y con grande inobediencia
En aquel suelo lo echaba,
Pronunciando mil blasfemias,
Y con muy malas palabras,
Ofendida la pureza
De aquel Padre de la gracia,
Decia de esta manera:
—Aquí ¡engañador! verás
Cuán poco valen tus fuerzas,
Y cómo te has de librar
De mi castigo y violencia.—

Nuestro Señor derramaba
Sangre tan divina y tersa,
Que los arroyos que correá
Ablandan las duras piedras,
Y con lastimosa voz
Afablemente se queja
Aquel Rey de la verdad,
Replicándole:—¿Qué ofensa
Contra ti he cometido,
Que con tan grande inclemencia
De esta suerte me maltratas?
¿Ay de ti, que te despeñas!
Déjame, no me maltrates,
Basten mis pasadas penas,
Basten mis dolores, basten;
Usa conmigo clemencia,
Y pues te la puedo dar,
Pido que de mí la tengas.—
Ya cansado de injuriale,
Al mismo sitio lo lleva
Que ya queda referido,
Y entre la paja lo encierra.
Tres años vivió observando
Esta ley de infame secta.
Tantos fueron los castigos,
Las ignominias y afrentas,
Que nuestro Dios, ofendido,
Quiso descubierto fuera,
Dando á su esposa vigor
Para que no se durmiera.
Un miércoles por la noche,
En punto las nueve y media,
Se levantó para hacer
Lo que en él costumbre era.
Su esposa bien lo miraba;
Mas aunque estaba despierta,
No le ha preguntado nada,
Por ver su intento cuál era;
Y siguiéndole los pasos,
Con gran secreto se fuera.
Vido que llegó al pajar,
Considerando en sí mesma
Qué misterio tiene aquello;
Mas viendo que abrió la puerta,
Vió que entró y volvió á salir,
Y en una sala se encierra.
Oyó tan tremendos golpes,
Y que triste se lamenta,
Como un niño que lloraba
Y tiernamente se queja.
Con grandísimo cuidado
En el quicio de la puerta
Se puso á escuchar, y oyó
Todas las acciones mismas;
Vió que la sangre corria,
Y que Cristo se lamenta.
Deshecha en lágrimas dice:
—¿Habrà crueldad tan fiera!
Habrà hombre que esto haga,
Y á la justicia no tema!
Viva Dios, muera mi esposo,
La fe sacra resplandezca!—
Diciendo aquesto, el marido
Que venia á abrir la puerta,
Se acostó presto en la cama,
Como si jamas hubiera
Oído nada de aquello,
Y el traidor llega y se acuesta.
Desque lo sintió dormido,
Se levantó con presteza:
Fugó al pajar, y del sacó
Una imágen sacra y bella
De un soberano Señor,
Y con lágrimas muy tiernas,
Dice:—Amante Cristo mio,
Cuya gracia tan inmensa
Hoy sufre tantos oprobios
Con tan humilde paciencia
De aquel traidor de mi esposo,

Pues, con tirana fiereza,
A quien jamas le hizo mal
Tanto ofende con blasfemias:
Yo, Padre, gran pecadora,
Digo con lágrimas tiernas,
Que vuestra ley santa viva,
Y en el mundo resplandezca.
Viva tu divina Madre,
María de gracia llena;
Vivan los santos y santas,
Porque triunfe tu clemencia.—
Estando en estas razones,
El marido, que despierta,
Por la cama la buscó,
Y como no la halló en ella,
Pensando si era otra cosa,
Tomó una daga sangrienta,
Y en la otra mano una luz,
Buscando con diligencia
A su esposa, por saber
Si acaso le hacia ofensa:
Se arrimó hácia el pajar,
Y en oracion la halló puesta.
Entró con la daga dentro,
Con voz altiva y soberbia
Le preguntó:—¿Aquí qué haces?—
Y ella respondió modesta:
—Adorando al que tú injurias,
Amando al que tú desprecias.—
De rodillas como estaba,
Dice con lágrimas tiernas:
—Esposo mio querido,
Olvida esta mala secta,
Pide á Dios misericordia,
Porque es tanta su clemencia,
Que aunque son tus culpas tantas,
Mayores son sus grandezas.—
El marido le responde,
Enojado y con soberbia:
—¿A quién quieres que yo adore?
¿Dices que tiene grandezas,
Y que es todopoderoso?
Respóndeme: si lo fuera,
¿No se pudiera librar
De mis rigurosas fuerzas?
¿Crees tú en ese, que dices
Que es Señor de cielo y tierra?
Acaba, pues te pregunto,
Abrevia con la respuesta.—
Replicóle sin turbarse:
—Creo en la Majestad eterna,
Y que nació de la Virgen,
Quedando pura y doncella.
Y si tú acaso no quieres
Reconocer sus grandezas,
Sabe que te he de acusar,
Aunque mil vidas perdiera;
Que perderlas por mí Dios
Es ganar glorias eternas.—
El marido la amenaza;
Mas ella no haciendo cuenta,
Con Jesucristo se abraza,
Y con grande reverencia
En los piés del Criador
Derrama lágrimas tiernas.
El judío enfurecido
Levantó con gran violencia
La daga, y seis puñaladas
En aquel sitio le dió,
Sacándole el corazón,
Y ha dicho de esta manera:
—A ver si tiene poder
Este Dios que reverencias,
Y esta Señora que llamas,
Para darte vida nueva.—
Al ruido y á las voces
Los vecinos acudieron
Preguntando qué desgracia
Dentro de su casa encierra.

El responde que ninguna;
Mas viendo la mujer muerta,
Ven también el corazón,
Que junto á sí lo tuviera.
Dieron cuenta á la justicia,
La cual vino con presteza,
Prendiendo á aqueste judío.
Antes que de allí saliera,
Se apareció el Ave pura
Del Carmen, bella Princesa,
Y allí delante de todos
El corazón le pusiera
Metido en su mismo centro,
Y se alzó ya sana y buena.
Y viendo aquel santo Cristo
Con muchas llagas abiertas,
Que líquida sangre vierte
Manifestando grandezas,
Cuenta dan al tribunal,
Y los señores vinieran
Con reverencia debida
A castigar esta ofensa.
Con gran rigor lo prendieron,
Y discretos le aconsejan
Que en Dios crea, y que le adore,
Pues pasó pasión sangrienta.
—Repara, mira y conoce,
Que como tú te arrepientas,
Dios te otorgará el perdón,
Usando de su clemencia.—
El santo Cristo le arriman,
E imprudente le desprecia;
Dice:—Falso, engañador,
Me hacen fuerza que en ti crea,
Y yo no he de conocerte
Aunque condenado muera.
¿Es vuestro intento quemarme
En el fuego de una hoguera?
Así moriré yo mártir,
Pues usais tanta inclemencia:
Allá tendré yo mis glorias,
Mis aplausos y mis fiestas;
Que quien muere de esta suerte
Es bien que premiado sea.—
Diciendo aquestas razones
Lo arrojan en la candela,
Adonde murió abrasado
Para que de ejemplo sea.
Roguemos al Ave pura
Y al Rey de la gracia inmensa,
Nos dé buenos pensamientos,
Porque la fe resplandezca.
La mujer, viendo el prodigio,
A un monasterio se fuera;
Se metió monja descalza,
Y es pasmo de penitencia.
Viva el divino misterio
De la Trinidad inmensa,
Que, en tres Personas, creemos
Ser un Dios en una esencia.
Vivan las candidas flores,
María de gracia llena,
Y Jesús de Nazareno,
Porque en esta vida quieran
Darnos auxilios de gracia,
Y despues la gloria eterna.

(El Judío de Toledo, Pliego suelto.)

1525.

LOS SIETE JUDÍOS DE ROMA.—1.

(Anónimo.)

A vos, Reina de los cielos,
Madre de Dios soberano,
Suplico me deis aliento
Para referir despacio
El caso mas horroroso,
El suceso mas tirano

Que ha inventado la herejía
Y el judaismo malvado.
Y porque venga á noticia
De todo género humano,
Pido vuestro patrocinio,
Pues de él siendo ayudado
Podré muy bien explicar
Los grandiosos milagros
Y las muchas maravillas
De Cristo crucificado,
Rey de los cielos y tierra,
Hijo de Dios soberano,
Que en la gloria celestial
A la diestra está sentado
De su Padre, para dar
El premio al bueno y al malo;
Y así para proseguir
La atención es la que encargo.
En la gran corte de Roma,
Adonde está el Padre Santo,
Por todo el mundo nombrada,
En este presente año,
Día de la Encarnación,
A veinte y cinco de marzo,
Por providencia divina
Del verbo Dios encarnado,
Se descubrió en este día
Lo que fué oculto dos años
Porque no hay cosa secreta
De las estrellas abajo.
En esta corte vivian
Siete hombres afamados,
Que la gente los tenia
Por nobles y por hidalgos.
Los principales de Roma
Asistian á su palacio
A hacerles muchas visitas
Con muy solemne aparato.
Estos son de una familia
Que vino allí, há pocos años,
De la ciudad de Valencia,
A heredar un mayorazgo
Que un pariente les dejó,
De ochocientos mil ducados.
Ninguno quiso casarse
Ni tomar ningún estado,
Sino que los siete juntos
Habitan en un palacio
Con tanta conformidad
Como si fueran hermanos.
Hacian muchas limosnas,
Visitaban santuarios,
A misa iban todos juntos
Todos los días del año,
Y los viernes mayormente
Visitaban el Calvario.
Tan humildes y conformes
Que parecen unos santos.
Cuando los pobres salian
Al camino del Calvario,
La limosna en el instante
Se la ponen en la mano,
Y noventa y ocho pobres
Vestian todos los años.
El día de San Lorenzo,
Que siempre es muy celebrado
De Roma, en San Martín
Con muy solemne aparato,
Visten catorce doncellas,
Y todas hijas de hidalgos,
De las mas costosas telas
Que hay entre los romanos.
Llegaron á tal extremo
Estos fingidos cristianos,
Que de los pobres el gremio
Dice que son unos santos.
Tenian estos judíos,
Por grandeza, en su palacio
Un hombre, que al parecer

Le tenlan por esclavo,
Y una mujer, que tambien
Con ella habian hecho un trato
De que se ha de confesar
Veinte veces en el año,
Y que al tiempo que comulgue
Se ha de retirar á un lado,
Y se ha de sacar la Forma,
Y cogiéndola en un paño
Se la entregue á los judios
Dentro del mismo palacio,
Dándola por cada una
Cien escudos de contado.
Sucedió que esta mujer,
El partido ya aceptado,
Confesando falsamente
Corrió el tiempo de dos años;
Mas Dios, harto de sufrir,
Por medio de aqueste esclavo
Quiso fuese descubierto
Este perverso fracaso:
Y fué, que yendo la inicua
El día que va citado
De la santa Eucaracion,
Tras ella se fué el esclavo,
Y entrando en el santo templo
La vido estar confesando,
Dándose golpes de pecho,
Mil lágrimas derramando
Con malditas intenciones,
Fingiéndose dos mil engaños.
Fué despues á recibir
Aquel sacramento sacro
De la santa Eucaristia,
Misterio el mas elevado.
Apénas llegó la hora
Que el sacerdote la ha dado
De la santa Comunión
Aquel sagrado bocado
Que tanto conforta el alma,
Ha reparado el esclavo
Que con grande disimulo
Ella se retiró á un lado,
Y que sacando el pañuelo
Al punto lo ha desdoblado,
Y en él arrojó la Forma,
De aquellos malditos labios;
Y revolviendo el pañuelo
Con un tiento moderado,
Se lo ha metido en el pecho,
Y del templo se ha marchado.
Segunda vez detras de ella
Volvió á seguirla el esclavo;
Y apénas esta maldita
Puso los piés en el cuarto
Donde estaban los judios,
De esta suerte los ha hablado:
— Ya, señores, está aquí
Aquel Dios de los cristianos,
Que, como las demas veces,
Tambien ahora lo traigo.—
Respondieron todos juntos:
— ¡Gran día es el que esperamos!
Los cien escudos, señora,
Damos por bien empleados.—
Ella, cogiendo el dinero,
La Forma les ha entregado
A aquellos lobos hambrientos
Que la estaban esperando
Para hacer el judaismo
Que otras veces han usado;
Y en otra segunda parte
Se dará fin á este caso.

(Los siete Judios, etc. Pliego suelto.)

1526.

LOS SIETE JUDIOS DE ROMA. —II.

(Anónimo.)

El esclavo, que está viendo
Todo lo que está pasando,
El corazon en el pecho
Se le quiere hacer pedazos.
Quiere salir, y no puede,
A dar cuenta de este caso,
Porque las puertas al punto
De palacio las cerraron;
Y como fieros leones
Las espadas han sacado
Para á la sagrada Forma
Hacerla dos mil pedazos.
Mas ¡ay Dios, con qué dolor
Podré, Señor, explicarlo!
¡El corazon se me parte
Solo de considerarlo,
Que los judios con Dios
Hayan hecho tal estrago!
Y viendo que no podian
Hacer lo que han intentado,
Porque la Forma está entera,
Por mas golpes que la han dado,
Sin que le falte ni un pico,
A un horno se la han llevado,
Y arrojándola en el fuego
Se hubo el horno apagado,
Quedando la santa Forma
Mas hermosa que el sol claro.
Se miran unos á otros,
Y como perros rabiando
Segunda vez acometen
Con las espadas en mano,
Dando golpes en la Forma
Hasta quedarse cansados;
Y vertiendo mucha sangre
Se hubo la Forma quedado,
Por ver si se reducian
En ver milagro tan claro;
Mas tienen los corazones
Como el acero labrado,
Mas duro que el pedernal;
Y de cólera irritados,
En lugar de convertirse,
Le mandaron al esclavo
Ponga una caldera de agua
A hervir con mucho cuidado;
Mas quiso Dios que no hubiera
Agua dentro del palacio,
Que fué menester salir
A cogerla de unos caños.
Entonces tuvo lugar
De dar cuenta, el buen esclavo,
De lo que hacen con Dios
Los malditos de sus amos.
No creyendo la justicia
Lo que este hombre ha informado,
Lo dejaron en prisiones,
Y muy bien asegurado,
Por si acaso sale incierto
Todo cuanto habia contado.
Marchó al punto la justicia:
Mas de doscientos soldados
A bayoneta calada
Cercaron todo el palacio:
Pillaron á todos siete,
Que estaban ejecutando
La mayor atrocidad
Que han oido los cristianos,
Pues tenían un gran bufete
En que habian colocado
Cuarenta Formas, que estaban
Como estrellas relumbrando,
Y ellos con unos puñales
En ellas estaban dando,
Y cuantos mas golpes daban

Mas hermosas han quedado.
Entra dentro la justicia,
Y al punto que los cercaron
Maniatan á todos siete
Y á la cárcel los llevaron
De la santa Inquisicion,
Donde á tres días pasados
Los sacaron á la plaza
Y al punto los han echado
En un horroroso incendio,
Donde murieron quemados
Por no querer confesar
La ley del Crucificado.
Luego prenden la mujer,
Y declaró todo el caso,
Y en la gran plaza de Roma
La justicia ha decretado
Que la quitasen la vida
Para escarmiento de cuantos
Judios hubiera en Roma.
Porque no hagan otro tanto.
La justicia mandó al punto

Vaya un religioso santo,
A que recoja las Formas
Y las conduzca al Sagrario.
En el cuarto donde estaban
Una capilla han fundado,
Por no tener fin ni cuento
Lo que Dios en ella ha obrado;
Y para mayor grandeza
Ha puesto en ella el retrato
De la pura Concepcion,
Y concedió el Padre Santo
Infinitas indulgencias
A todo aquel fiel cristiano
Que rece un Ave-Maria
Delante de este retrato.
Consideremos pues todos
Este portentoso caso
Que Dios ha obrado con estos
Que se fingen ser cristianos,
Descubriendo sus maldades
Cuando están mas descuidados.

(Los siete Judios, etc. Pliego suelto.)

SECCION DE ROMANCES VULGARES QUE TRATAN DE VALENTÍAS,
GUAPEZAS Y DESAFUEROS.

1527.

DOÑA VICTORIA ACEVEDO.

(Anónimo.)

Detente, pluma, y repara
Que antes de tomar el pliego
Debo pedir que ilumine
A mi rudo entendimiento,
Como rendido suplico
Y humildemente le ruego,
Al increado Señor,
Criador del universo,
Y á la Virgen soberana,
Madre del divino Verbo,
Quien todas mis potencias,
Para escribir con acierto
El caso mas horroroso,
Mas atroz y mas tremendo
Que ejecutar ha podido
De una mujer el denuedo.
En la ciudad de Almería,
Que es un retrato del cielo,
Se crió ¡bravo prodigio!
Doña Victoria Acevedo,
Hija de muy nobles padres,
Tan hermosa, que no puedo
Pintarla, porque me faltan
Expresiones para hacerlo,
Y seria ofender sus gracias
Fiarlas á mi talento;
Y así tengo por mejor
Dejarlo todo al silencio.
En declarar á su padre
No es preciso detenernos:
Basta decir que su nombre
Es Don Antonio Acevedo.
Llegó esta niña á tener
Tres lustros, y en el momento
El mismo Dios del amor
Dos flechas le tiró al pecho
Por mano del mas galán
Y pulido caballero,
Mas prudente y mas afable
Que hay en todo el universo:
Don Florencio de Granada
Se llama ese caballero.
Requebrábase de amores
Con grandísimos extremos,

En este tiempo su padre
Le busca á la niña dueño:
Ella lo resiste, y dice
Que todavia no es tiempo.
Viendo que el padre porfia,
Sin saberlo Don Florencio,
Porque está ausente en el campo,
Hizo á un papel mensajero,
Y le cuenta lo que pasa
En tan peligroso aprieto.
No llegó el papel á manos
De este noble caballero
Por el término citado;
Y llegado el plazo puesto,
Por fuerza se desposó
Con muy grande sentimiento.
El mismo día, descuidado,
Se presentó Don Florencio,
Y sabiendo su desdicha
Quejas exhalaba al viento,
Y suspiros daba al aire:
Todo era tristes lamentos.
En esto Doña Victoria,
Que iba á gozar de Himenco
Con su esposo, se metió
En la cama un fuerte acero,
Y cogiendo á su marido
Dormido en el primer sueño,
Sacó la daga veloz,
Y le cercenó el pescuezo.
Saltó de la cama abajo,
Púsose un vestido nuevo
Del ya defunto, llevando
Las dos pistolas del muerto
Para su defensa y guarda;
Cubrióse de un ferreruelo,
Partió en casa de su amante,
Pregunta por Don Florencio,
Este se levantó al punto,
Y así que la vió, en el cuello
Le echó los brazos gozoso,
No sabiendo lo que ha hecho.
Viéndola en la mano sangre,
Le pregunta: — ¿Qué es aquesto? —
Ella le responde: — El hombre
Que mi marido le hicieron,
Muerto queda, y así importa
Nos marchemos al momento;